Logo Pío XII chiquito.jpg

Conclusión del Sermón de la Montaña

Recordemos que Jesús viendo a la muchedumbre, subió al monte, se sentó y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba exponiendo las bienaventuranzas, que se enuncian en el contexto del Reino de Dios o reino de los cielos.  
En su estructura hay una bendición, unos bienaventurados y un porqué; son un retrato de Jesús, que era pobre, manso, humilde, perseguido, varón paciente, misericordioso, sufrido, pacífico y caritativo.

Son promesas, invitaciones, o llamadas para seguirle y correr su mismo camino y por la misma senda.

Son un programa de vida cristiana, que Jesús cumplió al pie de la letra.  
El sermón de la montaña en Mateo presenta una extensión mayor que en Lucas. Van dirigidas a la comunidad judeo-cristiana.

Marcos empieza su evangelio con estas palabras: El reino de Dios está cerca: Convertíos, y creed en el Evangelio. ¿Qué quiere decir Marcos cuando nos habla del reino de Dios?

Nos quiere decir que las comunidades cristianas esperaban que se cumpliera en Jesús la promesa de la liberación y de la salvación por parte del Mesías. Jesús trae la buena nueva, la paz y la liberación y ha irrumpido en el pueblo de Israel, predicando la buena nueva y llamando a la conversión a todos. Cura a los que encuentra en el camino; A los cojos, a lo ciegos, a los paralíticos, a los sordos. El Espíritu Santo, con su fuerza arrolladora ha derramado sus dones sobre los creyentes. Una nueva vitalidad irrumpe en las primitivas comunidades y el amor, como un reguero se extiende en las comunidades. Ha llegado el reino de Dios, con una vitalidad que lo arrolla todo.

Jesús ha venido a traer el reino de Dios a todos los israelitas sin excepción, aunque muchos no van a responder a esa llamada. No ha venido a crear una secta. El entrar en el reino y cumplir sus exigencias supone esfuerzo y constancia, ya que es necesario entrar por la puerta estrecha (Lc. 13, 24), y buscar el reino de Dios (Lc. 12, 31).

El reino de Dios que se completará plenamente en la parusía, ya está presente en nosotros aquí abajo (1 Cor. 15, 24 ss.). No hay que verlo sólo en la perspectiva del más allá, se realiza también en el presente, aunque haya una tensión entre el ahora y el mañana. Se unen el presente y el futuro. El más allá penetra en el más acá (Mt. 12, 28). Es vivir en el amor como miembro del cuerpo glorioso de Cristo y ser trasformados con y en el Espíritu Santo ( Jn. 5, 19). Está presente en la intrahistoria y en la suprahistoria.  
Esta magnitud del reino de Dios empieza en la tierra como dice el Concilio vaticano II: Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al reino de Dios (GS, 39.).

Jesús enseñaba, y quienes le escuchaban le entendían bien. Todos los que oyeron por vez primera las palabras que recoge el Evangelio en Mt 9, 16-17, sabían de remiendos en los vestidos, y todos también, acostumbrados a las faenas del campo, conocían lo que pasa cuando se echa el vino nuevo, sacado de la uva recién vendimiada, en los odres viejos. Con estas imágenes sencillas y bien conocidas enseñaba el Señor las verdades más profundas acerca del Reino que Él vino a traer a las almas: *Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en los odres viejos; porque revientan los odres: se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos, y así las dos cosas se conservan*.

Jesús declara la necesidad de acoger su doctrina con un espíritu nuevo, joven, con deseos de renovación; pues de la misma manera que la fuerza de la fermentación del vino nuevo hace estallar los recipientes ya envejecidos, así también el mensaje que Cristo trae a la tierra tenía que romper todo conformismo, rutina y anquilosamiento. Los Apóstoles recordarían aquellos días junto a Jesús como el principio de su verdadera vida. No recibieron su predicación como una interpretación más de la Ley, sino como una vida nueva que surgía en ellos con ímpetu extraordinario y requería disposiciones nuevas.

Siempre que los hombres se han encontrado con Jesús a lo largo de estos veinte siglos, algo ha surgido en ellos, rompiendo actitudes viejas y gastadas. Ya el Profeta Ezequiel había anunciado que Dios otorgaría a los suyos otro corazón y les daría un espíritu nuevo. San Beda, al comentar este pasaje del Evangelio, explica:

Cómo los apóstoles serán transformados en Pentecostés y serían repletos a la vez del fervor del Espíritu Santo. Esto ocurría después en la Iglesia con cada uno de sus miembros, una vez recibido el Bautismo y la Confirmación. Estos nuevos odres, el alma limpia y purificada deben estar siempre llenos: “pues vacíos, los carcome la polilla y la herrumbre; la gracia los conserva llenos”.

El vino nuevo de la gracia necesita unas disposiciones en el alma constantemente renovadas: empeño por comenzar una y otra vez en el camino de la santidad, que es señal de juventud interior, de esa juventud que tienen los santos, las personas enamoradas de Dios. Disponemos el alma para recibir el don divino de la gracia cuando correspondemos a las mociones e insinuaciones del Espíritu Santo, pues nos preparan para recibir otras nuevas y, si no hemos sido del todo fieles, cuando acudimos al Señor pidiéndole que sane nuestra alma. «Quita, Señor Jesús –le pedimos con San Ambrosio–, la podredumbre de mis pecados. Mientras me tienes atado con los lazos del amor, sana lo que está enfermo (...). Yo he encontrado un médico, que vive en el Cielo y derrama su medicina sobre la tierra. Solo Él puede curar mis heridas, pues no tiene ninguna; solo Él puede quitar al corazón su dolor, al alma su palidez, pues Él conoce los secretos más recónditos».

Solo tu amor, Señor, puede preparar mi alma para recibir más amor.

El Espíritu Santo trae constantemente al alma un vino nuevo, la gracia santificante, que debe crecer más y más. Este «vino nuevo no envejece, pero los odres pueden envejecer. Una vez rotos se echan a la basura y el vino se pierde».

Vivir según el Sermón de la Montaña es todo un estilo de vida que exige el acoger honestamente la Palabra de Dios, la lucha permanente en contra de las malas tendencias, la práctica de una caridad eficaz y la vivencia de la comunidad en la Iglesia. Bienaventurado el cristiano que pone los cimientos de su vida entera en las palabras de Cristo. Su vida será como canta el Salmo primero: "Como un árbol plantado junto al río que da fruto a su tiempo y tiene su follaje siempre verde".

***¡Sed santos! Si, santificad vuestras propias vidas y mantened siempre en vuestro interior la presencia de aquel que es El solo Santo. Sólo si aceptáis como propio estilo de vida el inmutable carácter específico del Evangelio podréis atraer a los hombres. SS Juan Pablo II.***

***PRÁCTICA-*** *Medita en alguna de las enseñanzas del Sermón de la Montaña y hazla vida; así estarás anunciando el Reino de Dios.*